

13. Una visita al Escorial



Mucho tiempo hace que ardía en deseos de visitar El Escorial, sin que las circunstancias particulares de mi vida me hubiesen permitido contentar esta natural curiosidad que todos mis pensamientos y estudios contribuían a avivar y encender. No era una vana recreación de los sentimientos, ni el ansia de respirar aires más frescos y benéficos que los abrasados de la capital, la que sin cesar me hacía volver la vista a las faldas del vecino Guadarrama. El pasto de la imaginación y del entendimiento, junto con los ecos del corazón, era lo que yo buscaba en aquellos sitios y monumentos, testigos elocuentes, aunque mudos y en el día desamparados, de aquellos tiempos en que el poder, la sabiduría y el valor eran el carro de triunfo en que el nombre español paseaba los ámbitos del mundo.

En aquel emporio del arte esperaba encontrar la expresión viva y animada de nuestra nacionalidad a fines del siglo XVI y algún reflejo del sol de la Monarquía que entonces brillaba en mitad de los cielos y que tan rápidamente se avecinaba al ocaso.



Ocupado en estos pensamientos me encaminaba este año a El Escorial y no acertaré a decir si fue más de alegría que de tristeza la impresión que recibí, cuando desde las áridas cuestas de Galapagar vi dibujarse, sobre el fondo pelado y pardusco de las montañas, las torres

...y el ventanaje del soberbio lienzo
del templo augusto que ofreció famoso
Filipo en San Quintín a San Lorenzo.

Verdad es que se me cumplía uno de mis votos más ardientes; pero, ¿en qué estado iba a encontrar ésta que si no puede llamarse la octava maravilla, con razón se cuenta entre las maravillas del mundo y puede apellidarse uno de los milagros del ingenio humano? No hace muchos años que un poeta ilustre decía de ella:

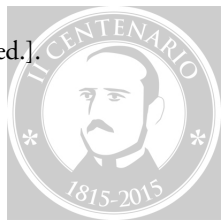
Que en destinos contrarios
es palacio magnífico a los reyes,
y albergue penitente a solitarios¹¹¹;

pero los solitarios ya no lo habitan y hace tiempo que la planta de los reyes no atraviesa sus umbrales.

Desde luego cautivó mi atención la perfecta armonía que guardaba la casa de los cenobitas con los lugares en que tenía su asiento y con el objeto de su instituto. Situada a media altura de la desnuda y difícil montaña y dominando como señora los frescos vergeles de la Herrería y de la Fresneda, estaba en la actitud de un hombre que, decidido a levantar su espíritu a las regiones de la meditación y del sentimiento, se despide de los huertos deliciosos de la llanura y a la mitad de su penoso camino se para a cobrar aliento para mejor trepar a la montaña áspera de la abnegación propia.

Ya sabía yo que la elección de sitio había sido objeto de la más viva solicitud del fundador y que sólo después de muy maduras deliberaciones habían merecido su aprobación las colinas que dominaban la entonces miserable aldea de El Escorial; pero tan acertado acuerdo comenzaba a poner de bulto ante mis ojos su alto espíritu y rara capacidad.

¹¹¹ Versos de *El panteón del Escorial*, de Manuel José Quintana, 1821. [N. del ed.].



Mi primer cuidado al apearme fue lanzarme en busca de la entrada y fachada principal del monasterio. Deseaba juzgar por mí mismo, en cuanto mis escasos conocimientos alcanzasen, si eran fundados los cargos que había oído hacerle sobre la mezquindad que resulta de las medias cañas o columnas empotradas, del numeroso ventanaje y de la desnudez general y excesiva. Ajeno casi por entero a los conocimientos profundos que sirven de base al arte difícil de la arquitectura, poco peso debe tener mi opinión en tan arduas materias; pero los que de esta sencillez y severidad levantan un cargo al edificio, me parece que se olvidan de la significación y filosofía del arte. Si la conformidad con el objeto es la primera ley de todo el edificio, fuerza les será convenir que el aire grave y modesto del conjunto era lo único que podía decir bien con la austeridad y recogimiento monacal y con el carácter del fundador. En vez del palacio de los poderosos reyes de España, vean el monasterio de San Jerónimo, y seguro es que su opinión se modificará.

De todos modos, y cualquiera que sea la impresión que resulte de la fachada, el soberbio Patio de los Reyes es digno preliminar de la suntuosidad de la iglesia y de las demás riquezas arquitectónicas y de todas clases de la fábrica. La trabazón, ajuste y buena correspondencia de que resulta gran hermosura, a pesar de que ningún mérito especial tiene la arquitectura que forma los lienzos del Norte, Poniente y Mediodía, las seis magníficas estatuas colosales de otros tantos reyes del Antiguo Testamento y las dos gallardas y elegantes torres forman un conjunto de todas veras sorprendente.

La iglesia era el principal objeto de la obra de Felipe II, así porque con ella cumplía el voto o promesa hecha a San Lorenzo el día de la victoria de San Quintín, como porque pensaba que sirviese de panteón regio estrenándola con el entierro y traslación del cuerpo de su augusto padre, que en su testamento le había dejado encomendada la elección del lugar de su eterno descanso. Así es que, como advierte muy bien el P. Sigüenza¹¹², a ella van a parar como a un centro común y están subordinadas todas las líneas y partes del inmenso edificio con tan exquisita armonía y tan completa unidad, que desde luego se conoce el particular amor y esmero del fundador y de los arquitectos. No ha sido

¹¹² *Historia de la Orden de San Jerónimo*, libro 4º, discurso XII.



ni es mi ánimo detenerme en la relación de sus partes y adornos de todos géneros, porque esto, además de prolijo y poco necesario, habiendo tantas relaciones precedentes, extendería demasadamente los límites de este artículo; pero me parece digno de advertirse que en este templo que anonada con su grandeza y debajo de su soberbia cúpula, es donde se concibe la inmensidad de la obra que emprendió y prosiguió con ejemplar constancia por espacio de treinta y ocho años uno de nuestros mayores monarcas.

Animado debía de ser el cuadro que presentaban no ya las cercanías de El Escorial únicamente, donde tantos millares de hombres y de bestias sin cesar iban y venían con tan maravilloso orden y concierto como pudieran las abejas en una colmena, sino también otros puntos más distantes en que nacionales y extranjeros trabajaban de consuno para dar cumplido remate a tan atrevida empresa. En las canteras de jaspe, vecinas a El Burgo de Osma, andaban sacando y labrando españoles e italianos los jaspes pertenecientes a la fábrica. En Madrid se hacía la obra de la custodia, el relicario y parte del retablo grande, y en Zaragoza se fundían y labraban las rejas principales de bronce de la iglesia y los antepechos que corren por lo alto de ella. En las Sierras de Filabres se sacaba mármol blanco, y en las de las Navas y en Estremoz y en las orillas del Genil junto a Granada y en las sierras de Aracena y otras partes mármoles pardos, verdes, colorados, negros, sanguíneos y de cien hermosos colores y diferencias.

En Florencia y en Milán se fundían grandes figuras de bronce para el retablo y entierros. En Toledo se hacían lámparas, candeleros, ciriales, cruces, incensarios y navetas de plata. Al mismo tiempo, se pintaban multitud de cuadros y de historias; los frescos de Peregrín de Peregrini y de Lugueto; los admirables cuadros al óleo de nuestro insigne Juan Fernández de Navarrete, *el Mudo*; las no menos pasmosas iluminaciones de los legos fray Julián y fray Andrés de León; venían de Flandes otras innumerables pinturas de paisaje; cincelaba Juan Bautista Monegro sus hermosas estampas; y se acopiaban libros riquísimos para llenar la magnífica biblioteca. No hablo aquí de las demás obras rurales o pertenecientes a este género que en la Huerta, en la Fresnada y en el Quejigar se continuaban con singular empeño, ni menos de las fuentes, conductos, arcas de agua, fundiciones de todas clases, ornatos



preciosísimos de iglesia; solamente he querido presentar un breve resumen del aliento y calor que entonces recibían del rey, inmediato inspector de todo, las artes más nobles y más dignas de levantar el ingenio del hombre a pensamientos sublimes.

Era Felipe II asentado y grave en demasía en todos sus planes y propósitos para pagarse de relumbrones pasajeros y ceder a la necia vanidad de ostentar lujo y esplendor. La solidez, la claridad y el buen concierto y correspondencia de las partes forman la base de este edificio, en que, sin embargo, el pormenor más insignificante y abandonado al parecer descubre de muy lejos la magnificencia del fundador. Los anchurosos y bien trazados escalones de la escalera principal, las jambas y dinteles de las enormes puertas, las columnas de la bella galería llamada *de los convalecientes*, están labrados de una sola pieza, ofreciendo así líneas harto más puras y severas que si fuesen de materias más preciosas y careciesen de tan noble cualidad. En toda la obra se divisa la influencia de una inteligencia elevada y robusta, que con toda distinción abrazaba y clasificaba la portentosa unidad del conjunto y la no menos portentosa variedad de los detalles.

Cualquiera que fuese sin embargo la sencillez y llaneza del fundador en todo lo perteneciente a los usos de la vida y a las exigencias de la vanidad, donde quiera que se trataba de dar realce y desarrollo a una idea general todo venía estrecho a su grande ánimo. Buenos testigos de ello son las innumerables riquezas con que supo adornar la iglesia y todo lo adyacente, el lujo de los ternos y ornamentos, las estatuas de bronce de Pompeyo Leoni, la custodia de Jacobo Trezzo, los frescos de Lucas Cambiaso, los cuadros al óleo de Peregrín, del famoso Fernández de Navarrete, de Alonso Sánchez Coello, el Tiziano portugués y de Federico Zuccaro, la exquisita labor, excelente diseño y riquísimas maderas de la sillería del coro, su librería numerosa y escogida y, por último, el maravilloso crucifijo de Benvenuto Cellini que está en el trascoro y sirve de digno remate a todas estas grandezas. El claustro principal que por andar a su alrededor las procesiones forma también parte de la iglesia, contrasta con la extraordinaria desnudez de los laterales por los frescos atrevidos y vigorosos de Peregrini, que a tiro de arcabuz descubren la gran escuela de su famoso maestro Miguel Ángel; por las estaciones o retablos cerrados y pintados por dentro y fuera, obra



del mismo, de Rómulo Cincinato y de los españoles Luis de Carvajal y Miguel Barroso por los lienzos del *Mudo* que adornan el claustro alto; y por el bello templete de los evangelistas que están en el medio con sus fuentes y estatuas de Juan Bautista Monegro. Tal y tan grande era la afición de este monarca a las pompas del culto católico, cuya unidad simbólica representaba a sus ojos una idea luminosa de gobierno y de fortaleza, única que en el siglo XVI podía comprender su vasta y enérgica capacidad.

Sin embargo, si a solo esto se redujese su magnificencia, a los ojos de aquellos para quienes el arte no levanta su voz mágica, pudieran pasar estos esfuerzos por hijos legítimos de un fanatismo poco ilustrado, pero el templo que levantó al saber en la suntuosa biblioteca prueba que su alma estaba templada para comprender a su gran siglo. Sabido es que uno de los objetos de su predilección fue fundar a la par del monasterio un establecimiento completo de educación, planteando y dotando competentemente un seminario destinado a la primera enseñanza y un colegio destinado a la segunda, que han durado hasta nuestros días.

Harto conocía que las luces y la verdadera religión se hermanan por una lógica y natural conformidad, y así es que no sólo allegó para este gran depósito los libros propios de las ciencias eclesiásticas, sino que procuró convertirle en un centro común de cuantos conocimientos formaban entonces el patrimonio del entendimiento humano. Juntóse grandísima copia de manuscritos de la mayor antigüedad y respeto, griegos, hebreos, árabes, caldeos, latinos y los pertenecientes a las lenguas modernas; aquí vino a parar la famosa colección del célebre historiador y diplomático don Diego de Mendoza; aquí se reunieron en crecido número devocionarios riquísimos y volúmenes de grabados y dibujos excelentes para entonces, que podían servir de guía y de ejemplo a los que hubiesen de abrazar tan difícil carrera; aquí vinieron a parar también el *Códice Aureo*, joya inapreciable, no sólo por la bibliografía, sino también para marcar los pasos del arte del diseño, el *Apocalipsis* del apóstol San Juan, con iluminaciones y figuras de gran precio para la historia del arte y, finalmente, infinito número de globos, esferas, astrolabios, mapas, instrumentos astronómicos y geográficos de todas clases y hasta modelos de embarcaciones.



Por duro y pesado que se hiciese el yugo de este rey en los puntos de fe y de creencias, fuerza es confesar que no era uno de esos tiranos vulgares que se convierten en centro de todas las combinaciones y, para manejar y dominar mejor la situación, tienden a igualar con su pequeñez el movimiento de los pueblos que rigen. Felipe II no ahogaba, sino que procuraba encaminar a un determinado fin los elementos de progreso intelectual y moral que tanto bullían en España, y más bien acaudillaba que embarazaba la marcha general de las ideas. No debemos olvidarnos de que en su tiempo, con instrucciones en gran parte redactadas por él y escritas de su propio puño, acometió el ilustre Arias Montano la gigantesca tarea de su *Biblia* políglota, monumento, único en su tiempo, de saber y de grandeza, así en el pensamiento como en la ejecución.

A sus expensas también, y por encargo especial suyo, emprendió el doctor Francisco Hernández, natural de Toledo, su viaje a las Indias Orientales, de donde volvió al cabo de cuatro años con quince tomos en folio en donde traía pintados con sus propios colores y proporciones las plantas, animales y trajes de aquellas remotas regiones y explicadas con gran orden y concierto sus virtudes, usos y condiciones¹¹³. El rey acudió con larga mano a los gastos de esta importante obra y la hizo encuadernar con el esmero y decoro que merecía. Y por último, para prueba de la tolerancia de este rey en todo lo que inmediatamente no se rozaba con las cuestiones de gobierno y con el orden establecido, baste advertir que Juan de Mariana escribió y publicó en su tiempo su libro *De Rege et regis institutione*, que poco después fue quemado en París por mano del verdugo y que en determinados casos abogaba por el regicidio, sin que a su autor le vinieran por eso disgustos ni persecuciones de ninguna clase.

Excusado parece añadir que quien tanto honraba la sabiduría y los sabios procuraría aposentar sus obras de una manera digna de su poder y de sus altos pensamientos. Efectivamente, la biblioteca de El Escorial, al decir de nacionales y extranjeros, es uno de los monumentos más notables que se han levantado a la gloria de las artes y las letras. Muchos

¹¹³ En el año de 1790 se reimprimieron las obras del Dr. Hernández en la imprenta de Ibarra, bajo la dirección del distinguido botánico don Casimiro Ortega.



de los segundos han atribuido a Miguel Ángel los admirables frescos de la bóveda; tan valiente y atrevida manera desplegó Peregrín en ellos. Aunque de género distinto, no menos agradables parecen las composiciones de Bartolomé Carducci que corren a lo largo de las paredes por encima de la estantería, alusivas a la clasificación de las ciencias, representadas por otras tantas matronas en la clave de la bóveda, comenzando por la filosofía y acabando por la teología, dechado entonces de perfección y término de todo esfuerzo y estudios. Con estos bellos adornos cuadra la estantería de orden corintio tan bien concebida como labrada, y donde se emplearon las maderas más ricas y costosas que entonces se conocían, como ácana, cedro, caoba, naranjo y otras varias que forman excelente concordancia con el pavimento y zócalo de mármol y jaspe y con las mesas y demás adornos.

De esta hermosa colección, que aunque no tuviera otro mérito que el haber sido ordenada por el ilustre Arias Montano debería tener subido precio a los ojos de todos, consumió gran parte el desastroso incendio acaecido en tiempo de Carlos II. Allí perecieron la mayor parte de los manuscritos árabes, juntamente con el estandarte del profeta que tomó en Lepanto don Juan de Austria, y a duras penas se pudo cerrar a las llamas el paso a la pieza principal, donde están las pinturas de Peregrín y Carducci. Perdiéronse aquí grandes riquezas y originales que ha sido imposible reemplazar, y junto con ellos gran porción de instrumentos físicos y matemáticos.

Como según ya dejo indicado no es mi propósito dar menuda cuenta de las bellezas artísticas del edificio y prefiero hablar de aquellas cosas que más dan a conocer su índole y carácter, justo será decir algo del aposento del fundador. Si fuese necesario probar que su alma vivía en la región de las ideas y grandes hechos, bastaría la presencia de esta celda desnuda y pobre como la del último fraile para ponerlo de manifiesto. Hay un secreto impulso que hiela y comprime a vista de aquellas paredes blancas, de aquel friso de azulejos, de aquellas mezquinas alacenas metidas en la pared, de aquella silla de simple terciopelo verde con la banqueta para extender la pierna mortificada de la gota y, finalmente, del aposentillo lúgubre y oscuro que da vista al altar mayor



y donde sufrió su última y horrible enfermedad, cuya narración eriza los cabellos, con la constancia de un estoico y la resignación de un cristiano.

Los padecimientos de Job en realidad no parecen sino símbolo y parábola incompleta de los de este monarca, que ni se quejaba ni disputaba sobre su inocencia, viendo su cuerpo consumido de podre, y que ni podían llegar a él, ni refrescarle, ni aliviarle en manera alguna.

Ordenó que su hijo se hallase presente al darle la extremaunción y le dijo: “He querido que os halléis presente en este acto para que veáis en qué para el mundo y las monarquías”. Encargóle mucho mirase por la religión cristiana y defensa de la santa fe y por la guarda de la justicia y procurase gobernar y vivir de manera que cuando llegase a aquel punto se hallase con seguridad de conciencia; mandóse descubrir las llagas grandes que tenía y le dijo: “Ved, hijo mío, cómo trata el mundo y el tiempo a los reyes, y la igualdad con que padecen todas las miserias a que está sujeto todo hombre, y considerad que, aunque yo he vivido con el cuidado que me ha sido posible de cumplir con mis obligaciones, aquí me ha castigado Dios hartas faltas que debo haber hecho, con lo que ha sido servido que padezca, y allá no sé cómo será; mirad qué hará a quien se derramare más”. Y mostrándole tras esto un crucifijo y una disciplina llena de sangre, le dijo: “Con este crucifijo murió, hijo, vuestro abuelo el Emperador, mi señor, tan católico como yo, y con su ayuda acabó; haced vos lo mismo reverenciando esta santa imagen de Dios como lo debéis e hicimos su majestad y yo, y mereceréis las mercedes que pueda haceros. Y esta sangre de esta disciplina no es mía, sino del Emperador, mi señor, y yo ejercité mal este bien, pero hela guardado porque, además que es nuestra, aprovecha para que nos acordemos de que nosotros, mejor que nadie, tenemos necesidad de derramarla en esta forma. Tomad y guardad estas reliquias teniéndolas en mucho y quedad con Dios, bendecido de Él como de mí”, y “bendiciéndole como pudo, le dejó y no le vio más”.

He copiado este cuadro tan sencillo como enérgico del libro de Baltasar Porreño titulado *Dichos y hechos de Felipe II*, persuadido de que darían hartos mayor idea sus palabras que no las mías de este extraño carácter, que con la muerte cobraba, si cabe, mayor realce, como con un cristal de aumento. Carácter que con un sello indeleble está grabado en todas y en cada una de las partes del edificio, página en mi entender tan

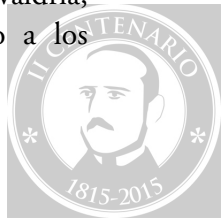


viva y elocuente de su historia y de la historia de la nación, que tengo por incompleto cualquier estudio que se haga sin tenerla a la vista. Ni concluye en su reinado, pues sucesivamente la piedad de los reyes fue adornando y embelleciendo este monasterio con los lienzos admirables de Velázquez, Zurbarán, Carreño, Pantoja y Coello, y con los frescos de Jordán; que si bien incorrectos en su dibujo, con razón asombran por su imaginación riquísima, composición clara y atrevida, variedad infinita de escorzos y posturas, valentía en los términos, y, sobre todo, por su fecundidad y lozanía inagotables.

De manera que allí patente se ve el vigor y decadencia en el arte, compañero del vigor y decadencia en la Monarquía, pues para que ni aun contrastes falten a esta obra, al lado de la severidad magnífica y solemne del rey que sólo gastaba en su casa cien mil ducados, se ven los púlpitos chillones y de perverso gusto y mezquino primor, mal pegados a la iglesia, en tiempo del último monarca, que por su parte distaba tanto del fundador como su obra de los entierros reales y del retablo principal.

Si esta obra pasa con razón por una de las más nacionales, por la más nacional quizá de España, pues ninguna mejor ni más completamente que ella refleja la fisonomía de aquel tiempo, en que puesta debajo de la mano de Felipe II figuraba un cuerpo compacto y bien ligado, claro está que es deber muy estrecho de los que rigen sus destinos conservarla a toda costa. Mala cuenta darían de su encargo los que se olvidasen de que las naciones viven en su parte moral, que no se despierta sino a vista de los grandes pensamientos y de las acciones elevadas. Si prescinden de las necesidades intelectuales de sus pueblos, otro tanto valdría que gobernasen un rebaño de animales.

Abandonar El Escorial a la mala suerte que ha comenzado a caberle, con tanta injusticia como responsabilidad de los que pudiendo remediarlo no lo han hecho, equivaldría a proscribir tácitamente en España todos los impulsos nobles del corazón y del entendimiento; equivaldría a ajar el resto de dignidad y noble orgullo que heredado circula en nuestras venas a despecho de la suerte; equivaldría, finalmente, a cegar una fuente de riqueza material privando a los



extranjeros de este estímulo para visitar nuestro país, dejando en él su dinero y cobrando estimación a un pueblo que, si ha caído de la rueda inestable de la fortuna, todavía no ha abdicado por entero su antiguo carácter. Harto importante papel se han arrogado los intereses para que el culto de los sentimientos y de las ideas ande tan tibio y abatido y desamparado de los pocos hombres capaces de apreciarlo.

El gobierno debe pensar en resolver con acierto el problema de la conservación de este joyel inestimable, cifra de nuestra pasada grandeza. En mi opinión, no hay más que un medio, que es establecer en el edificio una corporación que con espíritu de tal lo cuide y mantenga, cualquiera que su nombre sea, que en punto a nombres no es regular pararse ni asustarse, tratándose de un asunto de tanto interés; de lo contrario la degradación sucesiva del edificio es inevitable. Ni en la diligencia del administrador del real sitio ni en el estrecho círculo de sus escatimadas atribuciones cabe el atender a tan vasto cargo, ni reparar todos los quebrantos.

Gotera que se remediaba con cortísimo desembolso, mientras va el parte, viene la orden, se forma el presupuesto y se apuran los trámites oficinescos, levanta ya considerable costo, si no ha hecho daños irremediables. Unas cuantas han acabado con el techo de la galería de las Batallas, pintado de bellísimos grutescos por los hermanos Bergamascos, Fabricio y Granelo, y si en la bóveda de la escalera principal se abriesen algunas (cosa muy natural atendido el ventarrón casi continuo), a poco que se descuidasen darían en el suelo con los celebrados frescos de Jordán.

Ya en el día, en un abandono deplorable, se empolva, reseca y descascara la famosa cena de Tiziano que está en el refectorio, y hace años que la torre del ángulo de mediodía y poniente, rajada y ladeada, amenaza mayores daños. Yo he sido testigo más de una vez del celo del actual administrador, pero además de tener las manos atadas, raya en imposible que la diligencia de un solo hombre pueda vencer tantas dificultades. En una palabra, creo difícilísimo que El Escorial se conserve sin una corporación que lo cuide y habite.

Al hablar de este viaje, que ha dejado en mi alma impresiones hondas y duraderas, me he creído obligado a dar mi pobre opinión y



desinteresado consejo al gobierno, opinión y consejo de que participan cuantos hombres celosos del nombre español he oído hablar de este asunto. Con él está ligada más íntimamente de lo que muchos creen la honra de la nación, pues cuando blasonamos de amigos de las luces y de la regeneración de nuestro país, sería ponernos en notable desacuerdo con nuestros propios principios, dejar venirse al suelo este monumento depositario de tantos nombres ilustres, muestra del gran ingenio de Juan Bautista de Toledo y de Herrera y de la capacidad y poderío de Felipe II¹¹⁴.

Estas páginas de la historia del mundo, escritas no con sangre, sino con los caracteres luminosos de las artes, encierran más elementos de civilización y de adelanto que otras muchas teorías y sistemas, cuyo único mérito consiste principalmente en no haberse ensayado en el teatro de la experiencia. Creaciones que con tanta claridad interpretan y desenvuelven los axiomas del sentimiento, son de todos tiempos y lugares y tienen hecha la prueba de su nobleza y aun de su utilidad. El Escorial, por ambos conceptos, merece la afición de todos los españoles; tanto valdría arrancar de la Historia y de la memoria de los hombres las jornadas de Lepanto y de Pavía, como dejar apagarse esta antorcha resplandeciente del gran siglo XVI.

El Pensamiento, tomo I, entrega 10, pp. 217-223, 23 de septiembre 1841.

Semanario Pintoresco Español, núm. 27, pp. 209-212, 4 de julio de 1852.

¹¹⁴ “Fue [Felipe II] diestrísimo en la geometría y arquitectura y tenía tanta destreza en disponer las trazas de palacios, castillos, jardines y otras cosas, que cuando Francisco de Mora, mi tío, trazador mayor suyo, y Juan de Herrera, su antecesor, le traían la primera planta, así mandaba quitar o poner o mudar, como si fuera un Vitrubio o Sebastiano Serlio; alcanzó tanto en esta facultad, que excedió a los más peritos de ella, y por ser tanta su destreza y afición, tenía mi tío todos los días una hora determinada para acudir a la consulta de las trazas de Su Majestad, que fue inclinadísimo a edificar como lo manifiestan las innumerables obras que hizo”. Porreño, *Dichos y hechos de Felipe II*, cap. IX.

